

(01008)

Piquito en el día después

La madre entró en la habitación del pequeño piso de aquella barriada de viviendas de protección oficial y abrió la ventana para que entrara el aire fresco de la tarde del lunes. No era un lunes cualquiera. Era el lunes posterior al ascenso del Rayo. Y su hijo había sido el artífice del histórico logro. La habitación olía a humanidad, y a tabaco, y a humedad... pero a humedad olía siempre...

El chaval dormía, acurrucado, en calzoncillos, tapado solamente por una sábana. Había llegado pasadas las nueve de la mañana, borracho como una cuba. Pero, ¿podía una madre en su sano juicio reprender a un hijo así por aquel desliz?

—Piquito, hijo, levanta, que ya son más de las cinco...

—Coño, madre, no me joda...

—Venga, hijo, que vas a cambiar el sueño. Sal a despejarte y a disfrutar de este día. Tus amigos están haciendo cola en el portal, y no dejan de preguntar por ti.

Aquello fue como un resorte. A Piquito le gustaba la fama. O al menos aquella familia que tenía en el barrio. Aunque ahora sería conocido, si no en toda España sí al menos en toda la Comunidad de Madrid. Y en el barrio Piquito era un dios. Y no un dios cualquiera, no. Era el dios. Pero un dios entrañable, eso sí.

—Venga Piquito, hijo. Levanta...

—*Ya'stoy* despierto madre. Pero me zumba la cabeza mogollón.

Piquito había sido educado a la antigua usanza. O más bien su madre lo había intentado. Aunque llamaba de usted a su madre utilizaba con ella las palabras más coloquiales, pero siempre sin perder un punto de respeto. Entre ambos había mucha convivencia solitaria y personal.

Inmaculada era madre soltera. "*Toda una ironía*", le había espetado su padre — el abuelo de Piquito—, que se desentendió de su hija, huida a la ciudad según él, y a la que algún desaprensivo había preñado a las primeras de cambio. Y la tonta (seguía razonando el abuelo) se había negado siempre a desvelar la identidad del padre.

El caso es que la joven madre soltera había conseguido, no sin penurias, sacar adelante a su hijo. Piquito no conocía a su padre, pero sí conocía a su abuelo. En principio el viejo se había negado a recibir a Inmaculada en el lar familiar — "*la vergüenza de la familia*", le había espetado—, pero una vez que conoció al zagal con motivo de una enfermedad que postró a Inmaculada, obligándola a enviar al crío al pueblo, el abuelo y el chico se hicieron inseparables. Si no físicamente sí en lo anímico. Piquito era la viva imagen del vejestorio cascarrabias, que mal que bien había dado el brazo a torcer.

Y desde que su nieto era famoso, o más aún, era un ídolo en todo Mospintoles y alrededores, el abuelo no dejaba de pregonar que aquel chiquillo era sangre de su sangre.

El joven se levantó de la cama y mientras caminaba por el estrecho pasillo esquivando cajas y utensilios en dirección al cuarto de baño preguntó a Inmaculada:

—¡Madre!, ¿ha *llamao* abuelo?

—Ha venido tres veces y otras tantas ha marchado. Y que sepas que le he dicho que has llegado más borracho que una mona.

—¿Y *qu'ha* dicho abuelo? —preguntó Piquito a voces sin evitar que las últimas gotas de la micción gotearan fuera del retrete, como siempre.

—¡Qué va a decir ese viejo! ¡Que él hubiera hecho lo mismo! Y bajó las escaleras riendo a carcajadas.

—Joder, madre, lo hemos pasado *dabutin*. *To'l* mundo era a preguntarme cosas

—Piquito se había sentado a la mesa de formica con finas patas metálicas que había en la cocina.

La madre miraba extasiada a su hijo, feliz de que fuera fruto de sus entrañas. Y le acercó un bizcocho que ella misma había cocinado por la mañana, mientras esperaba a que su hijo llegara a casa antes de salir para el trabajo.

Inmaculada pudo dormir algo por la noche. De cuando en cuando despertaba sólo para mirar los mensajes del móvil. Piquito, como buen hijo, le mandaba un mensaje cada hora diciendo dónde se encontraba. La educación de los hijos debía estar en sintonía con la tranquilidad de la madre, pensaba Inmaculada.

Con treinta y siete años, Inmaculada aún se conservaba de muy buen ver. Era de un rubio natural y su cuerpo siempre había estado bien formado, con unos pechos exuberantes que llamaban la atención. Ella se cuidaba cuanto podía, y decía que no había mejor gimnasio que su trabajo para mantenerse en forma. Inmaculada, en los años duros, nunca había perdido la gran sonrisa que le iluminaba la cara y un carácter bonancible que le permitía, día tras día, afrontar las intensas y sufridas jornadas laborales con alegría y decisión.

Piquito había dado buena cuenta del bizcocho y de un vaso de leche fría con Cola-Cao. Con la boca llena, comiendo a dos carrillos, había estado contando a su madre, grosso modo, como había disfrutado la gran fiesta que López había dado a todo el equipo. Ya habría tiempo para los detalles. Piquito llegaba a casa siempre a las diez de la noche, salvo un día que el entrenamiento comenzaba algo más tarde, cuando llegaba a las diez y media. Y hasta que la madre se acostaba, había tiempo sobrado de hacerse confidencias mutuas. Total, en la tele no había mucho que ver, salvo en TeleMadrid, cuando retransmitían las mejores jugadas de los equipos madrileños de la Segunda B.

—Madre, voy a bajar a ver a los chicos.

—Corre, hijo, que se mueren de ganas por hablar contigo.

Piquito bajó a saltos las escaleras de aquel inmueble de diminutos pisos de protección oficial a los que hacía tiempo que faltaba la pintura de las fachadas.

Ya en la calle, Piquito fue recibido con una pitada por sus colegas.

—¡Ey, macho!, ayer te saliste, tío.

—Bueno, había que ganar sí o sí, ¿o no?

—Joder, pero un «ja-tri» tú solo, chaval, es *demasié*...

Ninguno reparó en que el dichoso *hat-trick* ha de lograrse “solo” para que sea un *hat-trick*.

—Ya..., había que marcar dos y me dije: *pueh* marco tres *pa'* que la gente se me *que'e* tranquila, oyes.

—Estuviste fenomenal, tío.

De pronto a Piquito le cambió la expresión y se encaró con su socio de correrías.

—¿Qué *quie's* decir, “Mella”?

—Hostia, tío, *na'*... ¿*Pa'* qué te mosqueas conmigo?

—¡Eh, Piquito, tío, buen rollo! —terció uno de los reunidos—. ¿Qué pasa? ¿*Pa'* que te rallas así de pronto?

—No sé, tíos... *M'he mosqueao* yo solo... Dejadme un rato...

—¿*Qu'habrás tomao* anoche tú solo con esas *gachises*...?

El buen rollo volvió de inmediato. A Piquito se le iluminó la cara.

—¿Y vosotros qué sabéis *d'eso*?

—¡Fua!, que qué sabemos dice el Piquito...

—Fuimos a la discoteca donde era la fiesta. No nos dejaron entrar porque llevábamos zapatillas de deporte.

—Porque era un armario 4x4 aquel negraco, que si no le doy...

—Sí, sería por eso... —rió Piquito—. ¿Pero por qué no mandasteis que me llamaran?

—Si lo hicimos, pero *nos hicieron puto caso*. Dijo aquel gorila que si nos soplaba una hostia nos iba a marear.

—Total, que estuvimos en la puerta un rato, y vimos entrar a cada tiparraca que eran todas *d'espataerrar*.

—Había un morenaza como las que te gustan que dijimos: esa *p'al* Piquito, seguro que la echa el ojo... y la zarpa.

—¡Bah, tíos! Lo pasé fenomenal...

Piquito se quedó serio. Y recordó...

—*Hosti*, tú, que ya sé por qué *m'he mosqueao* antes. ¿Me visteis por la tele en la sala de prensa?

—Sí, en el bar que hay en los jardines del ayuntamiento. Paramos allí *pa'* mear.

—¿Y qué os pareció?

—*Pueh* que más *hinchao* no podías estar. De felicidad, natural...

—Que qué os pareció lo que dije...
—*Pueh* no se oía *na'*. Había un jolgorio que *pa'* qué contar...
—¡Hostia!, quedé como un gilipollas.
—¿Y eso?
—*Pueh* porque me preguntaron algunas cosas y sólo atiné a decir que todo iba fenomenal...
—*Pueh* como iba a ir *to'o*, tío: fenomenal. No te jode.
—No, no es eso. Es que a *to'* contesté diciendo fenomenal.
—Calla, bobo. Si ya hablaste en el campo. Más alto no se podía decir.
—Oye, ¿y por qué hiciste ese gesto de morderte los labios y taparte las orejas?
¿*Pa'* quién era, Piquito?
—¡Bah!, *pa' naide*.
—¿*Entós*?
—*Pueh* que sólo tenía *prepara's* dos celebraciones. ¡Quién iba a pensar que iba a marcar tres!

Y todos rieron la explicación de Piquito.

—¿A qué hora has vuelto, tío?
—*Pueh* no sé. Me trajeron en un cochazo. Estaba *mu' mareao*.
—Mira éste. *Mareao* dice. Estarías borracho, no te jode.
—Bueno, es lo mismo, pero más fino. La verdad es que quisieron subir a mi casa pero me negué. Tuve que ponerme serio, porque querían meterme en la cama. Hasta ahí iba a llegar el Piquito...
—¿Y el *amoto*?
—¡Hostia, tío! En el estadio... Joder, a estas horas ya me *l'habrán mangao*.
—*Tranqui*, tío. Si algún *hijoputa t'a afanao* el *amoto* sabe que va a llevar hostias hasta en el cielo de la boca.
—Sí, joder, *to'* dios conoce tu *amoto*.
—Eso sí... —reconoció Piquito no muy convencido—. Joder, tengo ya ganas de tener *buga*...
—Sí, pero antes hay que tener carné de conducir, chaval...
—*Pueh* mira tú, "*Jaspe*". Eso es verdad. A ver si me lo saco antes de que empiece la nueva *temporá*.
—Pero si no haces dieciocho hasta febrero del año que viene.
—Ya... Pero *m'han* dicho que me puedo sacar la teórica en verano, con diecisiete tacos, y luego, cuando me toque, saco lo de conducir.
—*Pueh*... *ti'es to'l* verano *pa'* estudiar...
—Sí, eso es lo malo.
—Joder, eso es lo bueno. Tienes *to'l* tiempo *'el* mundo.
—Sí, si supiera leer...

El silencio sepultó las sonrisas del grupo durante unos segundos.

—¡Bah, tío! No jodas. Sí sabes leer, que hasta fuiste al *insti*.
—Sí, bueno, leer, leer sé. Lo que no sé es lo que leo.
—¿Qué *quiés* decir, Piquito?

—*Pueh* eso, que leer leo. Pero si es mucho lo que tengo que leer se me va la olla y no sé qué estoy leyendo.

—Venga, anda. Mira éste como nos vacila. ¿Es que no lees los cómics?

—Sí, eso sí. Me refiero a un libro que no tenga dibujos. Uno de esos que sólo tienen letras.

—Bueh... *Pueh* si *eh* por eso, no te preocupes. El de la *autoscuola* está lleno de dibujos y *afotos*...

—Sí, ya... ¿Tú has *leí'o* alguno?

—No...

—A mí *m'han dejao* uno de una *autoscuola*... Bueno, es que son *to's* iguales, dicen... *Pueh* eso, que *m'ha dejao* un librito *d'esos* uno de los del Rayo. Y lo tengo en casa y cuando me lo pongo a leer no me entero de lo que dice. Y lo vuelvo a empezar y sigo sin enterarme. Y nunca paso de la misma línea. ¿Cómo voy a aprender lo que dice si no soy capaz a leerlo?

La cuadrilla quedó pensativa...

—¿Y el carné del *amoto*? ¿Cómo lo sacaste?

—No es una moto, es un ciclomotor... Y no tengo carné. Los municipales cuando me ven miran *pa' otro lao*. Ya tengo yo *cludiao* de no pasar por delante *d'ellos*. Una vez me lo dijo el sargento —Piquito puso las manos en jarras y empezó a cabecear imitando al sargento—: “Piquito, hijo, no nos jodas que si no vamos a tener que joderte nosotros a ti”. Y no hizo falta más. Ya tengo *cludiao* de cambiar de calle si los veo. O paro en la acera y apago la moto y la dejo allí como que no es mía...

—¿Y haces eso siempre que vas al centro?

—No seas *julay*. ¿Cuándo me has visto a mí en el centro con la moto? Sólo voy con ella a entrenar y al estadio. Y voy por el extrarradio.

—Eso es *verdá*... No había caído...

—Oye, buen tío el sargento, ¿*eh*? —propuso “el Poyo”.

—Sí, buen tío... —repuso “el Mella”—. Dice mi padre que el tío está *estudiaio*. Y que es *mu'* amigo de don Faustino.

—¡Hostia!, qué idea —saltó Piquito.

—¿Qué idea qué, tío?

—El profe. Don Faustino. Si le cuento mi *poblema* seguro que *m'ayuda*. Es *to'* un señor.

—Buf, ¿y dónde le encuentras ahora?

—Ahora, no *atolondrao*... que le puedo ver *pasao* mañana...

El grupo rió el juego de palabras de Piquito.

—Quiero decir, ¿que cómo piensas entrarle, tú?

—Humm... *Pueh* en el *insti*...

—Pero si no *pue's* entrar allí, que te echaron.

—Eso sería ayer. Hoy es hoy —se ufanó Piquito reconociendo que había ganado notoriedad del día anterior al presente—. Además, si voy a estudiar...

—Te dirán que llegas tarde, como siempre... *Pa'* qué te vas a exponer. Lo mejor será entrarle cuando llegue a su casa.

- Igual le da un soponcio si le dices de *imprevisto* que *quie's* estudiar, tú...
- Sí, lo mejor será enviar a alguien, pero ¿a quién? —pensó Piquito en voz alta.
- ¡A Susana, la de la *señá* Eufemia, la del ultramarinos!
- ¡Hey!, sí... La jamona esa... Está un rato buena, tú... Pero tampoco he *hablao* nunca con ella...
- ¿No? ¿Pero no es periodista? Si está en la radio... Te habrá *entrevistao* alguna vez...
- Pueh* no... De la radio mandan siempre al tío jeremías ese, el Jacinto, que da más sed que un polvorón con bacalao...
- Pero ella es más abordable que el don...
- Eso sí... Se la *pue'* entrar indirectamente... —dijo maliciosamente Piquito.
- Oye, oye, que a ver si en vez de utilizarla a ella *pa'* entrarle al profe vas a utilizar la disculpa del profe *pa'* entrarle a ella...

Y el grupo rió la nueva ocurrencia de su colega.